

## MARCUS MAGNOLIUS, EL PRESTIGIOSO PRESTIDIGITADOR

Los focos generaban un calor aún más fuerte bajo la carpa.

Marcus notaba cómo el maquillaje se escurría por su cara y bajaba lentamente por sus mejillas perfectamente rasuradas dejando gruesas marcas de churretes al mezclarse con las gotas de sudor. Qué asco, era lo único que no soportaba de la actuación.

Ese día había hecho un tiempo húmedo y bochornoso a lo largo de la tarde, cuando por fin había llegado el circo y todo el pueblo había salido al descampado a ver a esas personas pintorescas montar su carpa, una gran tienda de lona rayada blanca y roja.

Al ajetreo propio del montaje se unió el de mujeres y niños que paseaban y se metían por entre las carretas del circo, intentando averiguar quién era quién en aquella marea de rostros sin maquillar, poniendo el personaje a la persona y comentando por lo bajo por qué aquel chico tan joven, casi un niño, debía de ser sin duda un trapecista o por qué esa dama tan bella y de apariencia tan exótica era con toda seguridad una extranjera pitonisa.

Estas averiguaciones fueron abandonadas al poco porque los saltimbanquis y malabaristas habían empezado a repartir cuartillas con el programa de actuaciones mientras el director del circo hacía su aparición, magnífico y orondo, con el cono metálico que le hacía las veces de megáfono en ristre y, al grito de ¡PASEN Y VEAN, EL MAYOR ESPECTÁCULO DEL MUNDO!, se había formado al poco una cabalgata.

Los niños se soltaron de sus madres acercándose sin cautela a la jaula donde se trasladaba a la enorme y majestuosa leona del circo, con la misma hambre de emociones en sus ojos que hambre de carne podía mostrar la hermosa felina. Los hombres comentaban entre sí el porte y gallardía de los caballos de raza que exhibía el circo y lanzaban torvas miradas de curiosidad contenida hacia la carreta cubierta, de la cual salían unos pavorosos barridos, en la que se trasladaba al elefante.

Algunas jóvenes vestidas con ropas estrafalarias danzaban al ritmo de panderetas y cascabeles mientras uno o dos muchachos que no terminaban de ser

payasos se daban de trompazos y fingían caídas y volteretas para armar un buen escándalo y hacer reír a los niños.

Por fin, en medio de toda esta algarabía, se había procedido a colocar en la cúspide de la carpa la bandera triangular con las iniciales en oro C y M, y el Circo Mundial quedó instalado.

Poco a poco llegó una noche cálida y despejada, llena de enormes y brillantes estrellas y envuelta en el canto constante de los grillos. Una calurosa noche de verano de esas que a veces ocurren, con corrientes que acarician la piel desnuda e inflaman los sentidos y la voluntad.

Pero debajo de la lona nadie pensaba ahora en los placeres de la noche.

Bajo la carpa, Marcus Magnolius, el prestigioso prestidigitador, que sudaba casi imperceptiblemente dentro de su chaqueta de terciopelo azul y su camisa blanca con chorreras, mantenía en vilo los ojos y las voluntades de la gente propia y ajena con su espectacular juego de manos.

Era una danza imposible de seguir, en tiempos peligrosa para los bolsillos más descuidados. Pero en fin, de algo había que vivir. Los tiempos habían sido duros antes de la llegada del circo, hacía ahora tanto ya. Había que ver... ahora recibía mil aplausos por su maravillosa habilidad. En fin...

Marcus era el centro de atención de toda la carpa. El director le había hecho una presentación espectacular y el gran foco amarillo lo apuntaba sin compasión.

Oh, sí, el público era suyo.

Una discretísima mirada de soslayo. A la señal de una de sus oscuras cejas, maquilladas con carbón, el compañero de la troupe apostado entre las telas había afirmado que todo era correcto. Así pues, tras clavar una brillante y azul mirada al infinito, Marcus Magnolius había abierto con grandilocuencia los brazos y se había deshecho de su capa roja y negra.

La ovación había sido magnánima.

El número estaba en lo mejor y al parecer esa noche casi no estaba haciendo falta la ayuda de los infiltrados para estimular el aplauso del público.

El sombrero de copa reposaba sobre una pequeña mesita de cristal, a la espera de que el mago empezara a hacer salir de todo lo imaginable de su fondo.

Tras unos cuantos comentarios ingeniosos, unas cuantas monedas desaparecidas en las mangas del prestidigitador, unos cuantos pañuelos pasados por el ojal de la levita, unos cuantos movimientos de varita y unas cuantas palabras de dudoso significado e invención, Marcus se remangó solemnemente los puños de la camisa.

- ¡NADA POR AQUÍ! - rugió la voz del mago.

Las bocas de los espectadores ya formaban el inicio de una ovación.

Repentina y frenéticamente, Marcus Magnolius comenzó a extraer de su sombrero de copa todos los pañuelos y todas las monedas acompañadas de un puñado de confeti que fue desparramando con cuidado desorden por la arena del circo, cuya carpa temblaba sobre los gritos de emoción y asombro del encantado público.

Hizo entonces el gran foco un barrido por las caras de los extasiados asistentes, dejando a Marcus en las sombras el tiempo justo de acomodarse el cuello de la camisa sobre la prominente nuez. Una gota de sudor resbaló bajo su ropa, empapada por el calor de los focos y por la placentera tensión de la escena. Desde luego, pero qué asco. Definitivamente, era lo único que no le gustaba de la actuación.

Sin embargo, a pesar de eso, a pesar del sudor y del maquillaje corrido, el resto le procuraba un placer indescriptible: ser centro de atención inquebrantable del público; recibir como merecidos los aplausos, que en ningún número fallaban; los gritos de las mujeres admiradas y los niños asombrados; la contención, tan palpable, de las voluntades en el momento en que sus manos hacían desaparecer en su

sombrero o en una caja a algún conejo o paloma y la respiración contenida en toda la carpa hasta que los hacía aparecer de nuevo, vivos...

Marcus se dejó ovacionar, saludando al público con sonrisa de iluminado y haciendo pequeñas reverencias ensayadas para mostrar al público lo humilde de su ser. Él solo estaba allí para servir a su diversión y, una vez acabado el número, se despedía del público con agradecimiento y cierta cantidad de fingida emoción.

Sin embargo esta vez Marcus Magnolius no había salido totalmente satisfecho de la pista.

Había dejado un par de buenos números sin ejecutar por culpa de la deserción de su hasta ahora ayudante, Madame Lilianne, ¡y eran los más espectaculares!

Por ejemplo, no había podido convertir a Lilianne en una paloma, ni había podido hacerla pasar a una caja dentro de la cual desaparecería causando el asombro general.

Además, el número había perdido lustre sin las sonrisas y exclamaciones de admiración de una joven hermosa que lo acompañara en el escenario.

En fin... Al parecer Lilianne no llevaba como él la necesidad del escenario en la sangre.

A lo mejor debería ir buscándose otra ayudante.

Al fin y al cabo, tras lo que había pasado en el último ensayo era posible que Lilianne no se atreviera a ponerse en manos de alguien y salir a la pista de nuevo.

La verdad, qué débil y qué poco espíritu... Ya le había dicho él que el espectáculo debía continuar, pero ella se quejaba de que no se encontraba bien, y no había habido manera.

No quería escuchar...

Bah, por unas heriditas de nada que le había hecho sin querer en aquel ensayo...

Y el número era espectacular, lo había visto hacer en un circo oriental que se había cruzado con ellos hacía algún tiempo y después de darle vueltas y estar seguro del todo, se había atrevido a probarlo con Lilianne, pero no había salido bien.

¿Qué podía haber fallado? Ella se había metido en la caja, confiada y sin preguntar, como siempre, y todo había ido bien... hasta que él introdujo la primera hoja.

Le pareció escuchar una pequeña queja, pero no le dio importancia. ¿Ya iba a empezar?

Siguió con su experimento, era importante comprobar que funcionaba.

Metió la segunda hoja ¡y ella se atrevió a pedirle que parara!, pero él le había recriminado su poco espíritu y le había pedido que le demostrara su confianza.

Cuando a la tercera hoja la queja fue un espeluznante grito, él se precipitó a desclavarlas, pero ya se había amontonado casi toda la compañía a las puertas de su caravana... Menuda chusma, les faltó tiempo para señalar que había sangre en los filos de aquellas hojas. Por aquella nadería tuvo que soportar un discurso del director, aquel moralista gordinflón... ¡bah! Quién se creería que era...

Pero todavía podía recordar la mirada que le había echado el muchacho aquel de los cuchillos, tan amenazante...

Desde luego, ¿cómo no se había dado cuenta? ¡Había tenido que pasar aquello para que él se enterara! Tanto tiempo juntos y nunca le pareció que pudiera haber nada interesante en la vida de aquella chusmilla, qué cosas...

En fin... después de aquello mejor buscarse una nueva ayudante para su número. Ya le había insistido, y si no quería trabajar con él, seguramente aquella floja terminaría por abandonar el circo, como las demás. Ya lo había visto, no sería la primera ni la última... A veces pensaba que aquellas inútiles no habían servido más que para vestir una malla de plumas... Pero las necesitaba... En fin, sin ellas sus números no lucían igual. Lástima que no supieran conformarse con ser lo que simplemente eran: ¡la arcilla con la que él creaba el arte, la ilusión! Pero no soportaban ni un insignificante dolor... En fin...

Marcus Magnolius, el prestigioso prestidigitador del Circo Mundial, cabecea pensativamente cuando abandona la carpa dejando atrás el calor asfixiante de los focos y se dirige a las sombras silenciosas donde se encuentran las carretas.

Mientras camina escucha el rumor del público que saluda la siguiente maravilla con un fervor infantil. Él ya ha hecho lo suyo.

Lentamente saca un pañuelo y se va limpiando los restos de maquillaje sin dejar de caminar.

De camino a su caravana ha de pasar muy cerca de la jaula de la leona. En ese momento, lanza desdeñosamente el pañuelo sucio, que se cuelga entre los barrotes y alcanza al animal.

La leona se incorpora rápida y silenciosamente. Se arrima a los barrotes y emite un gruñido sordo y contenido mientras sigue a Marcus con la mirada.

La leona está moviendo sinuosamente su larga cola.